

# REYES EN MADRID

Fernando Curiel

*Para Alicia, la nieta*

Alfonso Reyes cronista de Madrid no está por debajo, en nervio y percepción, de Bernal Díaz del Castillo cronista de Tenochtitlan, el prodigio urbano azteca —sin obliterar, además, que Reyes parece haber acompañado a Cortés y sus capitanes, aquel día de 1519, según se desprende de *Visión de Anáhuac* (1917).

Al alborear la década de los veinte, Manuel Azaña laméntase: “Madrid está por hacer porque lo hemos pensado poco.” Aclaro que, para ese entonces, el mexicano Reyes ya había pensado mucho, y contribuido a hacer —al tenor de la tesis azañista—, a Madrid. Data de los primeros asomos a la ciudad —todavía presa del fango— una de sus visiones de más dilatada fortuna: “el Madrid posible”. Visión provechosamente asumida por un amigo estelar, el poeta Juan Ramón Jiménez, que incluso reaparece en un libro tan reciente como *Madrid y sus literaturas* de Manuel Lacarta —si bien el autor no rastrea sus huellas hasta la fuente misma: Alfonso Reyes.

Reposa, la crónica alfonsina matritense, en libros, artículos sueltos, abundantes páginas autobiográficas y la nutrida correspondencia intercambiada con sus pares: los integrantes de la llamada Generación del Ateneo de la Juventud (José Vasconcelos, Julio Torri, Diego Rivera, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán). La camarilla —posterior a la modernista— que acomete la revuelta cultural de la Revolución Mexicana.

Alfonso Reyes nace al norte de México, en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889; su afición (adicción) de Madrid débese, sin disputa, a la prolongada estancia peninsular. Dos lustros. De 1914 a 1924. Entre la “guerra y la revolución”, dirá el propio Reyes, citando a Luis Araquistáin. Entre dos épocas literarias, añado yo: la del 98 y (casi) la del 27.

Trátase, para Reyes, del periodo de su cabal madurez humana y artística. Tiempos de pobreza y espera, de soledades y primeros frutos inequívocos. De transtierro, sí, pero también de amistades cuyos deliquios, y destemplanzas, únicamente sofocaran la distancia o la muerte.

Revivamos así sea a vuela pluma aquellos años, aquel Reyes, aquel Madrid —aún sin su Gran Vía, arracimado en la Puerta del Sol y unas cuantas calles. . . Alcalá, Toledo, Castellana.

## *El sitio*

En la reciente —pulcra— edición española de *Cartones de Madrid*, libro publicado la vez primera por Reyes en 1917, el autor del prólogo y las notas, Juan Velasco, sostiene que al mexicano lo empuja a Madrid la Primera Guerra Mundial. Habrá que añadir, para ser del todo fieles a la biografía, que también la situación política de su país natal.

Alfonso Reyes era retoño —el noveno— de una de las figuras del antiguo régimen porfirista: el general, político e historiador militar Bernardo Reyes. Señalado por un movimiento en verdad popular como el sucesor indirecto (vicepresidencia) o directo (presidencia) de Porfirio Díaz, no se decide a la postre a romper con el dictador —que lo cela y maniata. Empero, levántase el general Reyes contra el presidente electo Francisco I. Madero y, en febrero de 1913 —su hijo está por concluir la carrera de abogado—, únese a la sublevación militar contra el régimen constituido. Acción a la que, por cierto, no sobrevive. Victoriano Huerta, cabecilla victorioso del golpe, ofrécele al joven Alfonso Reyes el puesto de secretario privado. Reyes rehúsa a la par valiente y juicioso. En cambio, déjase nombrar segundo secretario de la Legación Mexicana de París; punto al que llega en agosto de 1913.

Un año más tarde, el triunfo del Constitucionalismo (Carranza, Villa, Obregón), arroja a Huerta del Castillo de Chapultepec y cesa —sin boleto de vuelta— a sus diplomáticos. Alfonso Reyes uno de ellos. Por eso cruza la raya de España. “Desde México me habían cortado el cordón umbilical y, en París, la guerra europea se echaba encima” —escribe más adelante. Añadiendo, épico: “Forzoso era emigrar hacia el Sur, como en las grandes invasiones históricas.” Así fue.

La segunda quincena de agosto de 1914 llega a San Sebastián, procedente de Burdeos. Durante dos meses prepara el “asalto de Castilla”. El 3 de octubre, el tren depositalo en la Villa y Corte. Viaja con él otro mexicano notable, el pintor Ángel Zárraga; Reyes tiene 25 años, esposa e hijo (a quienes deja por lo pronto en San Sebastián) y poquísima plata. Pero, también, una pluma Waterman adquirida en Brentano’s de París por 40 francos. Su “batuta” o varita mágica.

## *Las posadas*

Paran, Reyes y Zárraga, en la posada de La Concha, calle de Carretas, n.º. 45 —“una cueva que se abre frente a la an-

tigua mazmorra del Correo." Aquí reencuétrase Reyes con uno de sus coetáneos mexicanos, Jesús T. Acevedo, como él naufragado a causa de la tormenta que sopla al otro lado del Atlántico. Los primeros registros de Madrid: el café *Nueva España*, el desfile procesional del Viático, la distribución nocturna de candilejas por el sereno, Lavapiés, el teatro bronco. . .

Zárraga marcha a Toledo; Acevedo, a Aranjuez. Reyes arrastra soledad y tristeza por otras posadas del Madrid de 1914. Recala en San Marcos, 30, 2º Izquierda —lugar del que recuerda su limpieza; pero asimismo el hambre y la nostalgia del exilado que lo ocupa. Acevedo regresa a Madrid. Múdanse a la calle de Argensola, a una pensión esquinada con Génova. Otra estación antes de Torrijos: Recoletos. Consigna Reyes:

Mi primera visión de Madrid —que acaso dejé en los *Cartones*— fue muy dolorosa. Y, sin embargo, yo sentía no sé qué caricia en el ambiente, no sé qué amistad, qué compañía, en cualquier persona que abordaba.

La misma sensación que embarga todavía, no obstante el crecimiento de la ciudad, su despersonalización lamentable, al forastero que arriba por vez primera, o regresa —querencia rediviva— a Madrid. Reyes promete a un amigo —¿Julio Torri— el recuento futuro de sus trabajos, fracasos, adversidades e iniciaciones y transplantes madrileños. Lástima grande que no cumpliera —sino deshilvanadamente, a trompa talega— su promesa.

#### *Torrijos, extrarradio*

No más posadas, espacios de la picaresca. Un piso, al fin, así fuere en las orillas. Torrijos 42, duplicado, tercer patio, escalera C, 5º piso, letra B. ¡Uf! Los dioses, que lo han marcado con la tragedia familiar, muéstranse misericordiosos. Ya con Manuela y Alfonsito, su tribu, comparte los días duros con dos familias mexicanas: los Acevedo y, recién llegados, los Guzmán. Aunque no por mucho tiempo.

Polígrafo de raza, a Reyes le van cayendo encargos varios que cumple puntual. Retoma una de sus rutas de navegación literaria, la pesquisa erudita, en el Centro de Estudios Históricos. Tras los pasos de Onís, él y Guzmán fundan en el semanario *España* de José Ortega y Gasset, la crítica cinematográfica en lengua española. Aludo por supuesto a la sección *Frente a la pantalla* firmada "Fósforo" (¿destello de luz en la caverna fílmica, neoplatónica?). Amén de que uno y otro, Reyes y el futuro autor de *La sombra del caudillo*, merodean las tiendas de la Plaza Mayor intentando —en vano— colocar las acuarelas de su amigo Acevedo.

Martín Luis Guzmán abandónalo a principios de 1916, camino a Nueva York —no todavía a México, la patria. Acevedo, aunque permanece en Madrid, distánciase día con día —marchará, luego, a Estados Unidos, en cuya Texas morirá perdido desde hacía rato el norte existencial.

El paisaje humano se hace casi exclusivamente madrileño. Afanes, voces, cafés, obsesiones, manías, modos de la generación del 98 —¿hay un Reyes noventayochóista?

#### *General Pardiñas*

Reyes —arranca su tercer año madrileño— se desplaza hacia el centro de la ciudad. Instálase en el no. 32 de la calle General Pardiñas. Edificio al que se muda una temporada otro paisano de polendas, el historiador Carlos Pereyra.

Podemos imaginar a nuestro homenajeado casi sin soltar la Waterman, atornillado al banco; dándose, sin embargo, tiempo para observar y consignar el diario trajín madrileño. Sus ciegos, mendigos, hábitos urbanos, sitios, novedades, voces, protagonistas, "vuelcos" del cocido célebre —primero el caldo, luego la verdura, por último la carne.

¿Cómo demontres no caer en la tentación de teorizar? ¿Cómo no acometer —al igual que su amigo Azorín, al igual que décadas después Tierno Galván— la Teoría de Madrid? Tomad nota y reflexionad:

En Madrid todo sitio público tiende a convertirse en Casino o Tertulia, en centro de curiosos parlantes. A veces, estos casinos no tienen más que un socio: en los bancos de los paseos, por ejemplo. Más no importa, porque la tertulia va implícita en este curioso parlante, que la trae a cuestras por donde quiera, a modo de nuevo misterio teologal.

Y más topográficamente (menos teologalmente):

En un museo que nadie visita —el Museo de Artillería— existe un plano-relieve de Madrid en la primera mitad del siglo XIX. El trazo de la villa y corte no ha cambiado, por más que la alarguen aquí y allá los barrios nuevos. Aún es posible dar con el Madrid de Mesonero Romanos. Está, salvo la demolición de algunas iglesias y cuarteles, intacto y como emparedado justo dentro de la nueva ciudad: lo ampara su buen genio, perdura, como los libros en que Mesonero lo describe.

Palabras que contrastan con éstas, posteriores, de otro cronista madrileño: Azaña. Leed:

Es un poblachón mal construido, en el que se esboza una gran capital. Se apelmaza en unas costanillas, en unos derrumbaderos, en lo alto de unas colinas (yeso de Vallecas, guijarros puntiagudos, sol de justicia) y no se atreve a esparcirse, a salir de sí mismo.

Asunto —el contraste— no de exactitud o poderío expresivo, que a ambos, al mexicano y al español, sóbranles, sino de afición, entusiasmo.

La salida de los *Cartones* no agota, antes exacerba, la crónica alfonsina matritense. No resisto la cita —adaptada— de dos postales de 1918: El Pombo y El Rastro. Ambos caros a Gómez de la Serna, figura de la que son paisajes en la pluma de Reyes.

*El Antiguo Café y Botillería de Pombo* —la "Sagrada Cripta de Pombo", como le llaman sus adeptos—



se abre disimuladamente en la calle de Carretas, entre el edificio de la Gobernación que mira a la Puerta del Sol, y el viejo edificio del Correo, "oscuro como boca de lobo". Como lo ha notado su sacerdote, Pombo desaparece durante el día: en el tráfigo de la bulliciosa calle, esconde la cara. De noche se enciende —reliquia de los viejos tiempos—, con un lujo deteriorado y algo sucio de espejos congelados, mesitas de mármol y bancos de terciopelo rojo pegados al muro.

Pombo es un café viejo, merecedor del mayor respeto. Los pombianos creen siempre "codearse" con el espectro de Goya. El espectro entra por una puercecilla lateral que da a una calleja inverosímil, y adelante —ya cojitranco— a cortos pasos: entre el florón de la corbata y el cuello, sale a la luz el cardo de la cara arrugada, terca en su amor de cosas grotescas.

Este es el recinto nocturno de Gómez de la Serna. Aquí ha organizado y celebra desde tiempo inmemorial su tertulia del sábado.

Sigamos a Alfonso Reyes que sigue a Ramón Gómez de la Serna:

Y andando por esas calles de Dios, da con el Rastro. Es el Rastro un mercado de baratijas donde caen, como remolino, todos los desechos de la ciudad. . .

En el Rastro cree ver Gómez de la Serna el comienzo y el acabamiento del mundo, con una filosofía parecida a la de Quevedo.

Las postales se multiplican —pienso en la del café Regina,

donde noche a noche Reyes y Valle-Inclán matan a lanzadas el tiempo. Cerremos mejor el álbum porque el espacio se nos agota.

Ya diplomático de nueva cuenta, recobrado por su país, Reyes múdase con la familia a la calle de Serrano, a la Legación Mexicana.

### *Las amistades*

Aunque sujeto de amistades sin cuento —francesas, argentinas, costarricenses, cubanas, brasileñas—, Reyes guarda, por las de Madrid, predilección especialísima. Además, la vida depárale reencuentros varios. Con Ortega y Gasset y Maetzu en Buenos Aires. Con Corpus Barga en París y Brasil. Si bien ninguno de estos reencuentros compárase con el que tiene lugar en México a la hora del desastre republicano: 1939.

El frondosísimo bosque cordial empieza a florecer durante el "sitio de Castilla". En el propio San Sebastián, en el 14, Reyes conoce a Azorín. Aún en San Marcos, 30, 2º Izquierda, asómase por las tardes al Ateneo. Conoce al ya citado Manuel Azaña. Conoce a Enrique Díez-Canedo, quien lo presenta con "Acebal, en *La Lectura*", quien lo introduce con Juan Ramón Jiménez —al principio desconfiado, arisco; luego cercanísimo.

Viene, enseguida, el equipo del CEH (Centro de Estudios Históricos): Ramón Menéndez Pidal, el director, y los colegas Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Antonio G. Solalinde, Gómez Ocerín. Añádanse los grupos de las redacciones y las tertulias: Ortega y Gasset, Valle-Inclán, Aznar, Azorín, Gómez de la Serna, Maetzu, Marichalar, Bergamín. . .

Consta que Rafael Altamira, a quien conoció en México, declinó auxiliario —cosa que Reyes sí hará más adelante desde la Casa de España; pero que, en cambio, Luis Ruiz Contreras, uno de los promotores de la Generación del 98, interviene milagrosamente. El primer día de Torrijos, vacías las faltriqueras, contrata a Reyes como traductor a destajo. Las pesetas aseguradas alegran el alma constrictada y pobre.

La vida literaria, sin cesar del todo, agóstase hacia 1920. Alfonso Reyes recibe buenas nuevas de la patria lejana, que lo recobra. Tiene 31 años.

### *Los oficios*

En el Madrid que sigue de oídas el fragor de la guerra y las clarinadas del armisticio, que se empina a la década de los veinte, Alfonso Reyes pasa por dos etapas laborales —y vitales— bien diferenciadas. El galeote literario. El diplomático. La primera etapa iguala al fabulador, al traductor, al filólogo, al periodista, al divulgador de clásicos castellanos y mexicanos. La segunda etapa al funcionario, al orador y al hombre de letras. ¿Palpitó más intensamente la vida de 1914 a 1920? ¿Menos de 1920 a 1924? Quizá. Aunque uno jamás se baña en el mismo río. Así se trate del menguado —desaguado— Manzanares.

Védlo, al principio, yendo del Centro de Estudios Históricos, en Recoletos, a la Residencia de Estudiantes, "al término de la Castellana, cerca ya del Hipódromo"; viniendo de las redacciones de *España*, *El Imparcial* o *El Sol* a las ofici-



nas de *La Lectura* o *Saturnino Calleja*. Véldo, después, en la ruta de la representación diplomática —Obregón ha sucedido a Carranza; con Obregón arriba al poder cultural uno de los amigos, “Pepe”, José Vasconcelos, quien casi lo convence para que trueque Madrid por una subsecretaría. Lo único que permanece es la tertulia. Y la disposición de fundar publicaciones. Ahí están *Índice*, en colaboración con Juan Ramón Jiménez, y *Cuadernos Literarios*, en colaboración con Enrique Díez-Canedo y José Moreno Villa —dos de los naufragos que alcanzarán tierra en México.

Aquel joven forastero que sufrió acre desazón en posadas medievales, puede, años después, en 1922, ostentarse como un “vecino de la Villa y Corte”; alguien que, fuera de los “estrictos carriles oficiales”, ha recorrido casas, calles, iglesias, teatros, plazas, jardines, parques, ateneos, cafés, residencias de estudiantes, bibliotecas —lista prestigiosa a la que yo aduno cosas taurinas, sitios de mala muerte, lupanares y demás. Una experiencia urbana, dícenos el propio Reyes, que abarca del Palacio Real al Rastro variopinto. Estímase, el mexicano, verídica y apasionadamente, un “voluntario” de Madrid. ¿Quién osaría contradecirlo?

No cualquier “vecino”, “voluntario”. Un representante de México en España. El autor de una obra caudalosa y novedosa; no poca parte escrita en parajes madrileños. Más que en México o París, Reyes se hace Reyes en Madrid.

Discurre abril de 1924. Nuestro autor despídese de Madrid, viaja a México. Pero debe embarcar de regreso, a finales de año, en misión secreta. España de nuevo.

#### *Los dos Alfonso*

Alfonso Reyes y el rey de España Alfonso XIII, por supuesto. A Álvaro Obregón, presidente saliente de México, ocú-

rresele la idea de ofrecer sus servicios de mediador en un conflicto del momento: el de España con Marruecos. Habría que indagar qué se proponía realmente el vencedor de Villa.

Nuestro Alfonso ha regresado a México —ausencia de una década— con la idea de ocupar la Legación de México en Buenos Aires. La decisión de elevar dicha legación a embajada complica las cosas. Es entonces cuando recibe la encomienda de cruzar otra vez el Atlántico como ministro plenipotenciario en misión especial y confidencial ante el gobierno del rey de España. Obregón, ay, negociador entre moros y cristianos. No obstante las dudas sensatísimas que le asaltan, y de las que habla a su tiempo, Reyes cumple su trabajo.

El jueves 23 de octubre, ya en Madrid, anota en su Diario:

Heme aquí, por pocos días, a hacerme en el corazón un escarbadero de emociones. Llegué a mi tertulia del jueves, como siempre. Ya algo de mi estancia en París se había colado por la prensa. No puedo explicar lo que siento. Se me recibe como en casa propia. Parece que simplemente fui de veraneo a América. Los amigos del jueves me encuentran mejor: “más musculado” —dice Marichalar—; “más duro y más transparente; más diamante y menos carbón” —dice Bergamín. Aún no puedo ver a mi hermano ni a Díez-Canedo.

El 3 de noviembre, por la mañana, recíbelo el Rey. Ya una ocasión, en Burdeos, en la estación del tren, el nombre de Alfonso Reyes mudóse Alfonso Rey —Alfonso XIII rey de España—, ocasionando que, por la confusión, al mexicano, súbdito de un país republicano, diérasele trato real. Otra vez, una correspondencia dirigida a Reyes llega al Rey, que la devuelve.

Alfonso XIII llama “tocayo” a Alfonso Reyes, ofrécele un cigarro, rechaza la propuesta de Obregón, duélese de que Calles, el presidente entrante, en gira europea no visitara España, aconseja al gobierno mexicano —a través de su “tocayo”— la contratación de oficiales alemanes para la reorganización adecuada de su ejército. Luego despáchalo. Dos días después las entradas del Diario cambian de ciudad: París en vez de Madrid.

Reyes ya no regresa a España. Cuando la misión secreta, la distancia, estrecha, de la larga morada, aún no azuzaba los perros de la nostalgia. Éstos muerden después. Algo en Francia, donde Alfonso Reyes permanece como ministro de 1924 a 1927; más en Argentina, donde representa a su país de 1927 a 1930; mucho más en Brasil, donde es embajador de 1930 a 1936, y de nuevo en Argentina, donde repite de 1936 a 1937.

Ya reintegrado a Anáhuac, el gobierno —que habíalo cesado previamente—, entrégale la presidencia del Patronato de la Casa de España en México —luego Colegio de México. El reencuentro con los trasterrados reconstruye en el ánimo de Reyes parte del Madrid perdido. Sus colores, sus voces.

Alfonso Reyes muere, en su casa-biblioteca, el 27 de diciembre de 1959. Tenía, don Alfonso, 70 años cumplidos. ♦